



Integrar desde los primeros años

Carmen Portela

Soy pedagoga (especialista en Pedagogía Terapéutica) y hace tres años

emprendí el arriesgado proyecto de abrir una escuela infantil junto a una compañera de estudios. Cuando comenzamos, ambas teníamos muy claro que nuestro centro iba a tener un matiz distinto, queríamos que fuese más allá de una simple guardería. Y ese aire nuevo que queríamos darle consistiría en abrirla a todo niño, especialmente a aquellos con alguna discapacidad, física o psíquica. Nuestra escuela nació con la ilusión de ser un primer esfuerzo en la integración escolar del niño distinto desde el ámbito de la educación infantil.

Con este proyecto, y como directora de mi centro, quisiera enviar un mensaje de apoyo y ánimo tanto a los padres de niños con alguna deficiencia como a mis colegas educadores: desde mi experiencia, aunque todavía corta, puedo decirles que está resultando muy enriquecedora, tanto para nosotros los profesionales como para nuestros niños...

De momento ya tenemos con nosotros a Álvaro, un niño con parálisis cerebral, que es un alumno más de *Mimos*, y espero que muy pronto se sumen otros. En primer lugar, porque para mí supone un gran reto tanto personal como profesional; pero, en segundo término, y sobre todo, por el resto de mis alumnos, ya que así tendrán la oportunidad de apreciar desde muy pequeños la gran riqueza que supone convivir y aprender con personas simplemente distintas y únicas como lo somos cada uno de nosotros, y que todos, como únicos e irrepetibles, tenemos siempre algo nuevo que compartir en esta sociedad diversa, plural, a la que nuestros hijos están empezando a despertar.

El trabajo con Álvaro ha implicado muchas novedades para todos los componentes de la escuela: edu-

cadores, padres y niños. Comenzando por los últimos, los verdaderos protagonistas de esta historia, es muy gratificante observar con qué naturalidad ellos han sido los primeros en hacer realidad la integración del compañero como un alumno más, incluyéndolo desde los primeros días en sus juegos y sus risas, a pesar de que al principio sólo asistía a nuestro centro dos días por semana (los restantes acudía a un centro de educación especial para su rehabilitación específica-ASPACE-).

En segundo lugar, la relación con la familia de Álvaro no ha podido ser más estrecha. Madre y educadora hemos sintonizado en seguida, ambas empeñadas en dar a Álvaro el máximo de posibilidades y herramientas para su desarrollo. Sus padres han sido el mejor puente entre los profesionales que trabajamos con Álvaro: fisioterapeutas, logopeda, psicólogo y educadoras de ambos centros (*Mimos* y *ASPACE*).

Por último, todo este ambiente enriquecedor ha repercutido en un progreso real de Álvaro, que en un trimestre de curso ha avanzado significativamente en todos los aspectos, sobre todo en el de sus relaciones sociales y en su capacidad de comunicación tanto con sus iguales como con los adultos. Él es la prueba evidente de que la integración es posible y, además, muy beneficiosa en toda la escuela infantil.

Toda esta experiencia no es más que un primer paso en lo que como educadora espero que sea una nueva realidad de la Educación Infantil en un futuro no muy lejano: que todos los niños, discapacitados o no, tengan su lugar en nuestras aulas y patios, recibiendo una enseñanza de la máxima calidad posible, rica en experiencias de aprendizaje y, sobre todo, integradora.

Desde mi realidad y mis inquietudes os animo en todas vuestras iniciativas y labores educativas. ■

Él es la prueba evidente de que la integración es posible y, además, muy beneficiosa en toda la escuela infantil